

El viaje

Antumbra

ANTUMBRA



**EL
VIAJE**

Capítulo 1

El viaje

Resulta irónico que lo más difícil para cualquier escritor no sea desarrollar una historia, sino decidir desde dónde o cómo definir su principio y su final. Desde tiempos inmemoriales, la humanidad se ha enfrentado a una pregunta muy especial, que encapsula una de las mayores incógnitas de la existencia misma, y dieron pie —en mi muy neófito opinión como escritor— a lo que hoy conocemos como un relato, y esa pregunta es: ¿Cómo inició todo?

Como seres de carne, huesos y agua, usamos nuestros limitados sentidos por separado para experimentar nuestro entorno: con los ojos delineamos montañas, valles, desiertos, bosques, mares y constelaciones en la negrura del infinito sobre nuestras cabezas; con las manos palpamos las posibilidades de nuestro entorno, e hicimos consciencia de nuestras limitantes; por el olfato, conocimos lo más dulce de la vida y lo más grotesco de la muerte; a través del oído, vigilamos a las demás criaturas que, como nosotros, vagaban por esta tierra fértil sin aparente dueño; y con la lengua, pasamos de saborear los manjares de la naturaleza en silencio, a articular una suerte de arcaica traducción fonética y egoísta de lo que la mente y el alma humanas siempre han sabido hacer por instinto: vivir.

Pero para el humano, no fue suficiente; la pregunta fundamental seguía comportándose como pájaro carpintero, haciendo un hueco en nuestra curiosidad que se volvió imposible de llenar, hasta que tomamos una decisión: si el mundo no nos iba a contar su origen, su principio, su despertar, entonces... nosotros lo haríamos. Así que, ¿cómo inició todo? Nosotros echamos en falta el inicio de las cosas, de las personas, de los parajes, de los fenómenos y del tiempo mismo, por lo que llegó la primera forma de narrar: "Había una vez...", que aludía a un pequeño grupo de acontecimientos seleccionados por el narrador, y así iniciar un registro de lo que sería nuestra historia como especie en relación con el universo en que nacimos, o más bien, en relación con lo que nuestra imaginación —combinada con sutiles pistas regadas en los múltiples estados de la materia a nuestro alrededor— podía articular sobre el pasado de la realidad.

Con el tiempo —y la evolución del pensamiento—, las historias contadas por la humanidad adquirieron muchas formas, tonalidades y enfoques... pues cada historiador y escritor tenía una idea distinta, una interpretación propia sobre la realidad. Y, en lugar de suprimir tales ramificaciones para encontrar una única línea argumental, se alentaron las diferencias entre versiones, mundos, conexiones, leyes y vínculos universales... y surgió la ficción. Este fue el punto medular para que los escritores se

vieran atrapados entre dos opciones: ceñirse a la realidad, o a la ficción. Y por fortuna, Freud llegó para darnos un aporte valioso para la literatura, que son los términos "Eros" y "Thánatos".

Con sus aportaciones sobre el psicoanálisis (al margen de haber sido la mente pervertida que señaló la existencia de una correlación sexual entre familiares), Sigmund Freud puso las bases para diferenciar y discernir entre el instinto animal, y lo socialmente aprendido. ¿Qué es lo que nos mueve a hacer, buscar, crear, imaginar, construir, experimentar cosas nuevas? O, por el contrario, ¿qué nos lleva a querer concluir algo, terminar, destruir, matar o a buscar la muerte? Freud las llamaba "pulsiones" —impulso para llevar a cabo acciones en aras de satisfacer una necesidad—, las cuales estaban enfocadas a dos posibles necesidades: el Eros (Vida) y el Thanatos (Muerte); el primero, nos habla acerca de la vida, pulsiones generadas por el ego, enfocadas en nuestro placer terrenal, con el fin de mantenernos enfrascados en la lucha, en la búsqueda de un objetivo que perpetúe la vida.

En un principio, y hablando en términos biológicos, la mayor aspiración de la vida es la perpetuidad, y ésta se conseguía por dos medios: reproduciéndose (replicación de la especie) o siendo inmortales. Tales vertientes dependían, por supuesto, del entorno específico donde la vida se desarrollase, y nada de esto cambió mientras ésta se crio en la naturaleza. Sin embargo, una vez que nuestro entorno se torna artificial, los humanos dejamos atrás la más básica de nuestras urgencias, y vivimos así la modernización de nuestras pulsiones de vida, llevándonos ya no a procrear ni a construir una familia, sino a enfocar la energía en la construcción de un legado material, como parte de una visión egoísta del propósito de nuestro existir.

Por otro lado, el Thanatos engloba las pulsiones de muerte, que son la antítesis de la vida; no se busca crear, sino destruir, generar un final, alcanzar la inexistencia, la muerte y el cierre a toda aspiración, objetivo o sueño que pudimos haber tenido. Se dice pues, que las pulsiones de muerte aparecen una vez que ya no hay más pulsiones de vida, es decir, cuando hemos completado nuestra razón de ser y de vivir, o cuando ya no hay motivación para seguir.

Podría pensarse que el Thanatos debería evitarse, pero tanto éste como el Eros poseen características que definen a las personas y, por tanto, también a los personajes de cualquier historia: el Eros trae consigo el sadismo, la irreverencia, la soberbia, y un cuadro esquizoide (obsesión/terquedad por lograr algo); y Thanatos conlleva el masoquismo, la solemnidad, el orgullo, y un cuadro paranoide (confrontación del mundo realista y sus limitaciones para definir un "marco de acción").

Es entonces que vemos en el Eros a un ser egoísta que, con gran gozo e irreverencia, disfruta de perseguir sus obsesiones, pese al dolor que

pueda provocar en el camino; por su parte, el Thanatos nos muestra a un ser trágico que es adicto a sentirse apisonado por el dolor y el sufrimiento que emanan de sus pensamientos y de la vida misma, cuya percepción fatalista le quita la posibilidad de disfrutar la vida. Así, ambas pulsiones son parte de la dualidad humana, y en mayor o menor medida, éstas definirán el carácter de nuestros personajes.

Aterrizando lo anterior, podemos decir en resumidas cuentas que los escritores tuvieron dos opciones: crear relatos basados en la postura del Eros y ceñirse a la "cruel realidad" —ateniéndose a la injusta victoria del egoísmo, la soberbia y el instinto de supervivencia—, o bien, darse esperanza a sí mismo y a otros al optar por la postura del "Thánatos", elaborando historias "ficticias" —relatando ensoñaciones sobre el triunfo de los valores, el sacrificio, la bondad y la justicia—.

Eros (realidad) o Thánatos (ficción). ¿Cuál elegir? ¿Cuál debe ser el corazón de nuestras historias? Por fortuna o por desgracia, no hay respuesta correcta; nuestros personajes, así como los mundos y sociedades plasmadas por nosotros, pueden soñar con algo mejor o someterse a las leyes del mundo, pero lo único que sí debe ser unánime es esto: sea cual sea el camino a tomar, somos **nosotros** —la humanidad— quienes lo recorreremos. Mientras no olvidemos que el centro de nuestras historias es el viaje del alma humana por entenderse a sí misma y al fascinante universo del que surgió (recurriendo en muchas ocasiones a la libertad multiversal para dejar atrás la aparente monotonía de lo cotidiano), nuestros escritos mantendrán una conexión intrínseca y fuerte con aquello que nos convierte en quienes somos. ¿Y quiénes somos? **Para eso hay que remontarnos al principio**, aunque bien advertido queda aquel que decida entrar a ese bucle, porque...